

## EL POSMODERNISMO EN ANTROPOLOGÍA

**Julia Ledo**

### INTRODUCCIÓN

A mediados del siglo XX se inicia un debate en el mundo de las ideas, la ciencia, la filosofía, el arte, la arquitectura, la economía, las relaciones sociales y políticas, y en general en todos los campos de la sociedad, que se manifiesta como la principal crítica de toda una época histórica en que la humanidad, a través del desarrollo científico, tecnológico y artístico, había intentado alcanzar el progreso económico, moral y social para toda la sociedad.

Referirse al posmodernismo, por tanto, supone cierta imprecisión ya que dentro de esta corriente podemos encontrar tal diversidad de géneros, lenguajes, ideas, etc., que sería más apropiado hablar de *movimiento posmoderno*. La imprecisión mencionada radica en que dentro de ese concepto no encontramos un manifiesto que lo defina y lo acote entre unos límites, sino que se asemeja más bien a una nebulosa que, en última instancia, nos aboca a la imposibilidad de un conocimiento certero.

El movimiento se origina en Estados Unidos en los años 70, y sobre todo en ciertos estados como California. Influyen en él ciertos sectores de la antropología americana, algunos grupos minoritarios que se consideran víctimas de un discurso dominante, como gays, lesbianas, así como movimientos feministas que piensan que la antropología practica un discurso etnocéntrico y sesgado. Los movimientos feministas parten de la

base que todo el discurso filosófico y antropológico se ha explicado desde el lenguaje patriarcal dominante aunque hayan sido desde voces femeninas, por estar éste pervertido desde su comienzo por la mirada masculina. También dentro de esta corriente encontraríamos la antropología hecha por otras minorías étnicas marginadas, como movimientos reivindicativos chicanos o negros.

El llamado movimiento posmoderno nace en un clima de agotamiento de lo que se ha considerado el modernismo. Esta corriente afectará igualmente a la antropología que entra a formar parte del proceso de transformación experimentado por las corrientes internas de la disciplina. Algunos de sus iniciadores provienen de tendencias hermenéuticas o interpretativas como Rabinow o Crapanzano.

Según Reynoso, después de unos años en que no se pudo hablar de ningún paradigma dominante, la antropología mundial se sitúa dentro de este nuevo orden intelectual que sigue las premisas del posmodernismo.

Respecto a esta polémica existen dos grandes posiciones:

Por un lado estaría la posición de los autores de la posmodernidad, la cual representa una crítica a la modernidad y plantean que su descomposición es inevitable. Esta postura la avalan una gran cantidad de autores que van desde Nietzsche, Heidegger, Gehlen, Giddens, Foucault, Derrida, Lyotard y Vattimo y otros. Su planteamiento central, cada uno con sus matices, se basa en que la crisis de la modernidad ha traído el fin de la historia, el fin de las grandes ideologías, de la verdad, de la ciencia, de dios, del hombre, de la cultura, y del sentido. La posmodernidad sustituye a la cultura por multiculturalidad, a la universalidad y el monosentido por la pluralidad y el multisentido, o como dice Foucault, “una verdad por una muchedumbre de verdades”.

Los posmodernos plantean la imposibilidad del conocimiento ya que éste siempre estará viciado por un elemento de poder o de política. Todo conocimiento es susceptible de ser manipulado por la lógica de la dominación, de los intereses políticos y en última instancia, por el poder. Lógicamente esta concepción escéptica genera un cierto relativismo. La filosofía de la ciencia sufre un duro ataque a la cuestión de la objetividad.

Una segunda posición es la que sostiene Habermas, que afirma que el proyecto de la modernidad no ha terminado, que no se ha completado aún, y que por tanto es necesario seguir apoyándolo. Para él la modernidad es un proyecto que vincula la cultura moderna con una *praxis* cotidiana que todavía depende de herencias vitales pero que no puede dejarse al tradicionalismo. Esta nueva conexión que plantea, sólo podrá lograrse cuando la modernización social sea guiada en una dirección diferente (Habermas, 1980).

## **MODERNISMO**

Se ha definido la modernidad como la época de la historia, los grandes relatos, las amplias ideologías, la verdad universal, el progreso, el cambio artístico, cultural y el desarrollo científico y tecnológico.

Según Habermas, el término *modernismo* había sido utilizado desde el siglo X para distinguir un presente de una determinada época antigua, para diferenciar lo viejo de lo nuevo. Para el autor, la modernidad representa la exaltación del presente, una aceleración en la historia y una discontinuidad en la vida cotidiana.

En el espacio del arte, la nueva modernidad estética del dadaísmo y el surrealismo, significó para él la preferencia por lo transitorio y lo efímero, sobre lo estable y permanente. Este nuevo arte significaba la ruptura con las reglas y la estética establecidas, y la realización de nuevas experiencias, una búsqueda y experimentación de nuevos estilos. La modernidad se rebela contra la tradición y sus funciones normalizadoras, contempla el desarrollo de la ciencia y el conocimiento, la ética y el arte en aras de un bienestar social y moral de la humanidad. Sin embargo esta idea de progreso no abarcó toda la humanidad ni el proyecto cumplió con sus promesas (Habermas, 1980).

La modernidad amplió más aún las diferencias entre los pudientes y los marginados, separó, como dice Touraine, al sistema de sus actores. Touraine plantea que la modernidad dominó hasta antes de la sociedad industrial. La caracteriza como la lucha contra el pasado, contra el régimen antiguo y contra las creencias religiosas. En este

sentido, la modernidad significó la sustitución del dogma religioso por la razón y por el dogma de la racionalidad, y representa todo aquello que desapareció cuando la práctica y la experiencia sustituyeron a la esperanza y la fe.

A Touraine le interesa más que nada demostrar cómo el modernismo ha separado al sistema, de sus propios actores. Señala que la modernidad en las economías liberales, expresada como estrategias de empresa, han radicalizado las diferencias y ha separado al mercado de la cultura, lo que ha llevado a una disociación del progreso y la cultura, y, a la generación, por tanto, de la multiculturalidad. Plantea, pues, la necesidad de definir a la modernidad en forma distinta, sobre todo buscando unificar lo que la posmodernidad separa: el sistema y los actores. El liberalismo extremo es para él la línea avanzada del modernismo y es ahí donde se desarrolla la cultura posmoderna. Pero es también aquí mismo donde se produce el mayor número de excluidos.

Sostiene que en esta sociedad sólo perduran dos aspectos: la lucha por el dinero y la búsqueda de la identidad. Los problemas sociales quedan relegados y perduran los no sociales (los del individuo y los del planeta). Sin embargo, esta visión que presenta a la sociedad como un mercado no busca explicar las conductas ni comprender la cultura de los excluidos. El liberalismo sólo abarca una cara de la modernidad, a la de la acción y del cambio, se separa de la otra que representa a la identidad divorciada de toda acción social, a las comunidades, a las etnias, a los guetos, a las contraculturas que se caracterizan por lo que no hacen, es decir, por no tener empleo o por estar fuera del sistema, por ser marginados y excluidos.

Cuando la sociedad se convierte en mercado y la economía es un conjunto de estrategia de empresa y cuando el actor es un no-actor, el sistema ha quedado completamente separado de sus actores. Esa disociación completa de la racionalidad instrumental hecha estrategias de mercado móviles y las comunidades encerradas en sus diferencias, según Touraine, define a la posición posmoderna. En ese sentido señala que la historia de la modernidad es la historia del surgimiento de actores sociales y culturales que se apartan cada vez más de la modernidad como definición concreta del bien (Touraine, 1985: 177).

## **POSMODERNISMO**

A partir de que el propio término de la modernidad se pone en cuestión, empieza a surgir el de la posmodernidad como una crítica a la racionalidad y al progreso modernista. Por ello, el posmodernismo significa antes que nada una actitud crítica a una situación decepcionante.

En 1973 Daniel Bell publica un libro sobre economía, ciencias políticas y sociología en el que anunciaba el advenimiento inminente de la sociedad postindustrial. Según Bell, esta sociedad significaría no solo un cambio en las infraestructuras, sino una metamorfosis de fondo en toda la estructura social.

Estos procesos estarían más avanzados en Estados Unidos que en cualquier otro país. La sociedad occidental se encontraría en la senda de un profundo cambio histórico, en que las relaciones sociales que asentadas sobre la propiedad y las estructuras de poder existentes (centradas en las elites) y la cultura burguesa (centrada en la represión) quedarían desgastada rápidamente. Las fuentes de ese cataclismo son científicas y tecnológicas, pero también culturales.

Por un lado la clase obrera industrial está disminuyendo en número y su importancia en la economía de los países avanzados tiende a ser marginal. No se puede hablar ya de “dictadura del proletariado”, porque éste ha desaparecido. Según Bell, la sociedad se puede dividir en tres ámbitos: la estructura social, la política y la cultura. La estructura social comprende la economía, la tecnología y el sistema de trabajo. La política regula la distribución de poder. La cultura es el reino del simbolismo y de los significados.

Pronto estas ideas afectarán a otras disciplinas como la filosofía. En efecto, Vattimo, a partir del pensamiento de Heidegger y Nietzsche, realiza a finales de los 70 una apología del nihilismo y una celebración de la muerte del pensamiento humanista. Se concentra en las rupturas que ocurren en el saber. En base a estos dos autores define a la modernidad “como un fenómeno dominado por la idea de la historia del pensamiento, entendida como una progresiva ‘iluminación’ que se desarrolla sobre la base de un proceso cada vez más plano de apropiación y reapropiación de los ‘fundamentos’, concebidos como ‘orígenes’, de suerte que las revoluciones teóricas y prácticas, de la

historia occidental se presentan y se legitiman por lo común como ‘recuperaciones’, renacimientos o retornos” (Vattimo, 1986: 10).

Es decir la idea de modernidad se contrasta con la forma antigua, dominada por una idea naturalista y cíclica del curso de las cosas. Aquí está presente el concepto de superación que entiende al pensamiento como un desarrollo progresivo, donde lo nuevo es lo valioso. En cambio, en la posmodernidad las ideas de lo nuevo y de la superación no tienen vigencia. Lo posmoderno no sólo se caracteriza como novedad con respecto a lo moderno, sino también significa la desaparición de la categoría de lo nuevo y por tanto del fin de la historia como un proceso. En su lugar se revalidan diferentes historias y relatos que rescatan el carácter local y particular de la realidad (Reynoso, 1998:15).

Vattimo considera que para la definición y existencia del posmodernismo fueron necesarias dos condiciones: el fin del dominio de Europa sobre el resto del mundo y el desarrollo de los medios de comunicación que le dieron la palabra a las culturas locales y minoritarias. A partir de ahí emerge el fin del universalismo y el advenimiento del multiculturalismo.

Según Gehlen, la novedad ya no tiene nada de revolucionario ni de renovador, es simplemente aquello que permite que las cosas “marchen siempre de la misma manera”. El desarrollo de la técnica ha vulgarizado y vaciado de contenido la idea de progreso, pues consiste en las condiciones en que será posible otra idea de progreso, y así hasta el infinito. Frente a este estado de cosas, solo es posible el nihilismo (Reynoso, 1998: 16).

El precedente del posmodernismo lo hallamos en lo que se ha llamado postestructuralismo. Lo que comenzó siendo una especie de crítica literaria hacia el ámbito de la filosofía, acabó convirtiéndose en una práctica que determinaría la idea de “crisis de la razón y de la ciencia”.

El postmodernismo surge de la conciencia de las tres imposibilidades:

a) Imposibilidad de la verdad:

La posibilidad de producir, de dar cuenta, de explicar la realidad se considera un imposible dentro del posmodernismo. Foucault difundió un marcado escepticismo hacia ciertas categorías analíticas de las ciencias sociales y de la ciencia en general, resaltando la relatividad y el carácter construido de los conceptos. La “verdad” queda en dependencia de la multiplicidad de *epistemes* (un término que comprende las connotaciones de “concepción del mundo” y de “paradigma”) y se ubica en un universo de verdades, todas ellas válidas. No existe la verdad, sino una muchedumbre de verdades .

Derrida aporta principios metodológicos a las ideas e Foucault. Alude a la desconstrucción del conocimiento subjetivo. En efecto, la desconstrucción sobrepasa el concepto de crítica y los ataques se dirigen no ya las afirmaciones parciales o las hipótesis, sino las premisas, los supuestos ocultos, las *epistemes* de las que se está hablando. La mayor parte de los trabajos publicados en torno al posmodernismo son trabajos de desconstrucción de la ciencia social convencional, la antropología anterior al advenimiento del posmodernismo.

b) La imposibilidad de la objetividad:

La antropología en este punto es como si tomara conciencia de que toda la subjetividad es intersubjetividad. El texto es el resultado de una negociación entre el informante y el etnógrafo. Baijtin propone que el lenguaje nunca es subjetivo sino interactivo. No existen palabras y frases neutras sino que todo está cargado de intenciones y de acentos.

Toda realidad es una dialógica entre el sentido y el significado entre los diferentes interlocutores. La dialógica de Baijtin se opone a la concepción monológica del lenguaje, la cual separa a las expresiones del concepto dialógico en que trascurren. Por tanto, la idea de hacer una descripción de las diversas culturas es una falsificación por parte del etnógrafo porque es él el que construye la historia.

Pese a todo, Umberto Eco defiende la posibilidad de un conocimiento racional. No acepta el “todo vale”, sino que está convencido de que la realidad se puede llegar a conocer. Según él, en el ámbito de la interpretación del texto es, a través del conflicto y el consenso, como ha de buscarse la explicación más adecuada.

c) La imposibilidad de la racionalidad.

Habermas propone recuperar la idea de racionalidad entendida como la forma en que las personas usan el lenguaje y son capaces de actuar mediante el conocimiento. A partir de ahí se pregunta qué tipo de racionalidad debe estudiar la ciencia social y en qué sentido la modernización puede ser considerada como un proceso de racionalización.

## **AUTORES DEL POSMODERNISMO**

El posmodernismo llega a la antropología como reflejo de la lectura norteamericana del posmodernismo francés y, en concreto, de dos pensadores postestructuralistas: Derrida y Foucault.

Michel Foucault, llamado también *el filósofo de la muerte del hombre* y considerado como el mayor de los discípulos modernos de Nietzsche, se hizo conocido a partir de sus estudios sobre la locura, las prácticas penales o la sexualidad.

Para Foucault, el Poder produce lo real. Afirma que en nuestras sociedades, esta transformación técnica de los individuos, esta producción de lo real, va a recibir un nombre: normalización, la forma moderna de la servidumbre. Normalización es el imperio de lo normal, de la media estadística, de la somnolencia a lo acostumbrado (Foucault, 2001: 10).

En su obra 'Un diálogo sobre el poder' afirma que el *hombre* es una invención reciente aparecida hace siglo y medio y que quizás esté en vías de desaparecer. Pone el énfasis en la explicación del 'hombre' como aquello que se representa y se produce como un objeto, específicamente como una invención implícita de las modernas ciencias humanas.

Foucault, asimismo, nos habla de la locura, la enfermedad, la sexualidad como piezas fundamentales para el establecimiento de nuestra normalidad y envite moral privilegiado de una cultura como la nuestra, en la que lo moral se articula por elevación



de lo normal a *normativo*, mediante el recurso de establecer su carácter de invento reciente y la plausibilidad de su próximo fin.

Si Foucault y Derrida influyen en el posmodernismo y deslumbran a la antropología americana, pronto estos autores quedan relegados y aparecen otros nuevos —aunque da la impresión que los temas abarcados se homogeneizan hasta reducirse prácticamente a uno solo: la práctica antropológica vista desde la escritura de etnografías.

No se puede decir que todos los conceptos posmodernos fueron adoptados sin reservas, ni que el posmodernismo constituya un pensamiento cerrado. Dentro de la corriente caben pensamientos situados a la derecha del espectro político y otros situado a la izquierda (representado por Jameson y Foster) y también para el posmarxismo de Touraine.

El último de los postestructuralistas es Jean Baudrillard, que desarrolló un análisis crítico de ciertos rasgos semánticos propios de la cultura burguesa, como los usos del consumo. Si Derrida discutió fundamentalmente con Levi-Strauss, Baudrillard lo hizo con Maurice Godelier, uno de los representantes del marxismo estructuralista francés.

Para Baudrillard, el discurso marxista participa de los rasgos fundamentales del pensamiento burgués, comparte el mismo marco ideológico de la economía occidental y solo sirve para afrontar el análisis en un determinado momento de la historia. El marxismo —asegura— es incapaz de proporcionar un análisis profundo de las sociedades primitivas, así como de trazar una perspectiva revolucionaria que esté más allá de la economía política. Lo que afirma Baudrillard es, en última instancia, que los conceptos marxistas fallan por haberse originado dentro del contexto cultural en que se desarrollaron los demás conceptos de la economía política o sea, en el contexto de la sociedad burguesa (Reynoso, 1998: 27).

El más categórico de los defensores del posmodernismo ha sido sin duda Jean François Lyotard. Entre las enormes transformaciones que han ocurrido en las sociedades más desarrolladas, están, según Lyotard, la crisis de los relatos, el descrédito que ha caído sobre ellos. Lyotard no asume una actitud hostil hacia la ciencia. Lo que le preocupa de

ella no es que busque “algunas regularidades útiles”, sino que pretenda legitimarse a través de un relato, de una argumentación relativa a sus fundamentos.

Para él, la practica totalizadora de los grandes relatos de Occidente, es decir, las grandes explicaciones racionales de la realidad (marxismo, psicoanálisis, humanismo, ciencia aristotélica...) y el principio del consenso están excluidos de toda legitimación de la ciencia. Más bien son los pequeños relatos y el disenso los que permiten que un conocimiento sea legitimado. Las reglas de la ciencia no son las únicas, sino que existe la heterogeneidad de reglas y por lo tanto la disensión y no el consenso, la diferencia y no la igualdad.

Liotard llama *posmoderna* a la incredulidad respecto a tales metarrelatos. Paralelamente a la crisis de los metarrelatos sucede la crisis de la filosofía metafísica. Para Lyotard, entonces, el proyecto moderno e iluminista de la emancipación de la razón y la libertad está destruido. Pone como ejemplo la barbarie de Auschwitz, que para él representa la prueba de la derrota de la racionalidad sobre las ideas de humanidad y el progreso de la razón. Ninguna explicación, ningún argumento es capaz de situar el holocausto nazi en la línea que conduce a la emancipación de la humanidad. El hombre ha desaparecido como protagonista de la historia, esfumada ésta también como proceso que se encaminaba a algún fin.

Según Reynoso, en la antropología posmoderna podrían distinguirse tres grandes líneas:

1.—La corriente principal o meta-etnográfica. En ella se incluyen James Clifford, Marcus, Strathern y otros, y a la que recientemente se ha sumado Clifford Geertz. Esta orientación se ocupa sobre todo de analizar los recursos retóricos de la etnografía convencional y de buscar alternativas a la escritura etnográfica. A esta corriente se le ha llamado *antropología de la antropología*. Su objeto de estudio ya no es la cultura etnográfica, sino la etnografía como texto literario por un lado y el antropólogo como escritor por otro.

2.—La segunda corriente se caracterizaría por una redefinición de la práctica en que la praxis del trabajo de campo quedan plasmadas en las monografías etnográficas. Aquí incluiríamos a Crapanzano y Rabinow. Destaca la etnografía dialógica, practicada casi

en solitario por Tedlock, de la Universidad de Búfalo, en Nueva York. Tedlock afirma que si la antropología sociocultural estuviera basada solamente en la observación silenciosa, no habría nada que la distinguiera de las ciencias naturales. Pero que precisamente el estudio cultural se basa necesariamente en un ámbito de la intersubjetividad humana. El diálogo antropológico crea un mundo entre el entre las personas que participan en ese dialogo cuando comienzan una conversación.

3.—La tercera corriente no se interesa por el análisis de la escritura antropológica ni por la renovación de la literatura etnográfica. Va más allá y proclama la crisis de la ciencia en general. Esta sería la corriente más vanguardista del posmodernismo. Está representada por Michael Taussig y Stephen Tyler, considerados como la extrema post-vanguardia. Taussig, el más claramente inclinado hacia la izquierda del pensamiento político antropológico, establece una practica etnográfica que consiste en el uso simbólico del montaje y el *collage*, y que ha revolucionado la escritura etnográfica. El objetivo declarado de Taussig es encontrar un recurso contra el terror; y este recurso exige una nueva forma de interpretación (Reynoso, 1998: 28-29). En su obra “Un gigante en convulsiones” Taussig nos habla del terror como un lugar común, un punto de partida en sus relatos etnográficos basados en las tesis de Benjamín sobre el “estado de emergencia como una regla y no como una excepción” (Taussig, 1995: 25).

Estas tres corrientes podrían situarse a lo largo de una línea que va desde la escritura etnográfica como problema, luego la práctica de nuevas modalidades de escritura y por último el estallido de los géneros literarios a través de la pérdida de la forma en Taussig o de la pérdida de la escritura misma en Tyler.

Pero por fuera de las tres corrientes se sitúa un marco que Reynoso denomina *posmodernismo antropológico genérico* y que sigue algunas de las líneas ya nombradas: la crisis de los metarrelatos, el colapso de la razón, la deconstrucción o el fin de la historia.

## **LA POLÉMICA DE LA POSMODERNIDAD**

Después de la Reunión de Santa Fe, Geertz reivindica la postura del antropólogo como autor. Insiste sobre la autoridad etnográfica y sobre el “yo estuve allí” como autorización de la autenticidad y legitimidad del relato etnográfico. Aunque se trata de una postura ya reclamada anteriormente (p. e. Clifford), tanto unos como otros están apuntando a una cuestión problemática: las limitaciones metodológicas.

Clifford hace hincapié en la cuestión del tiempo en los poblados. Hay una parte que queda oculta pero nos comportamos como si todo “se conociera”. Lo que intenta la meta etnografía es poner al descubierto los artificios retóricos, el hecho de que las etnografías tienden a ocultar la voz del indígena. Tanto Crapanzano como Tedlock, con sus aportaciones a la etnografía dialógica, proponen descubrir esas voces ocultas donde el etnógrafo pretende no apropiarse de la interpretación. El libro de Tedlock: ‘Tuhami: portrait of a Moroccan’ es un diálogo entre un magrebí y él, donde el lector ha de ser el árbitro.

Sin embargo, si la etnografía es solo un diálogo, ¿dónde está el análisis? La reflexividad posmoderna afirma que la experiencia del etnógrafo también cuenta, que resulta vital. El problema lo constituye el hecho de que, de este modo, el etnógrafo acaba por ser el protagonista de la historia. Las etnografías corren el peligro de pasar a ser a un libro de viajes o una autobiografía del etnógrafo. A propósito de esta polémica, Taussig afirma que lo que se escribe acerca de algunas experiencias vitales, como la tortura, pueden entrar en la espiral de la comercialización, *normativizándose*, y por tanto quedando fuera del objetivo de la denuncia.

Por último mencionamos a Obeyesekere y su denuncia de como Occidente ha construido sus mitos. Hace una crítica del conocimiento etnocéntrico y del discurso hegemónico de la antropología occidental desde la dominación, desde el silenciamiento de los indígenas.

## **UNA CRÍTICA A LA POSMODERNIDAD**

La crítica fundamental que se le hace al posmodernismo tiene que ver con el uso del prefijo *post* y con una situación contradictoria. Touraine plantea que la crítica principal

a la posmodernidad es que recurre a una definición histórica, es decir, al *post* para designar un movimiento cultural que rompe con el historicismo. La objeción de Vattimo es que la posmodernidad es contradictoria, pues se dice que estamos en un momento ulterior respecto a la modernidad, y darle a este hecho un significado decisivo presupone aceptar la idea de historia con sus corolarios los conceptos de progreso y superación. Se coloca a la posmodernidad en la línea de lo moderno considerándolo como lo nuevo y a la superación.

El dilema del posmodernismo sería el siguiente: ¿Cómo es posible afirmar la categoría y validez de sus enfoques teóricos si no se admiten ni la verdad ni los fundamentos del conocimiento? Si eliminamos la posibilidad de fundamentos o modelos racionales, ¿sobre qué apoyarse? ¿Cómo podemos entender qué clase de sociedad es aquella a la que nos oponemos y, menos aún, llegar a compartir semejante entendimiento? La insistencia de Foucault en el perspectivismo nietzscheano nos traslada al pluralismo irreductible de la interpretación.

Sin embargo, Foucault relativizó el conocimiento y la verdad sólo en cuanto estas nociones se vinculan a sistemas de pensamiento distintos a los suyos. Cuando era presionado sobre este punto, admitía que era incapaz de justificar racionalmente sus propias opciones. De tal modo, Habermas declara que los pensadores modernos como Foucault, Deleuze o Lyotard son “neoconservadores”, al no ofrecer ninguna argumentación coherente para orientarnos en una dirección social antes que en otra. La adopción posmodernista del relativismo (o “pluralismo”) significa también que no hay nada que pueda impedir la perspectiva de que una tendencia social reclame el derecho a imponerse sobre otra, ante la imposibilidad de determinar los modelos.

## **CONCLUSIONES**

El posmodernismo subvierte dos de los principios centrales del humanismo de la Ilustración: el poder del lenguaje para configurar el mundo y el poder de la conciencia para dar forma a un yo. De este modo nos encontramos con el vacío posmodernista, la noción general de que el anhelo de emancipación y libertad prometidos por los principios humanistas de la subjetividad no puede ser satisfecho.

En general, el torrente posmodernista que invade casi todos los recovecos de la vida actual escenifica la ruptura con lo universalmente establecido, modelos o patrones en todos los campos a los que las sociedades se habrían de ajustar. En ese sentido el posmodernismo puede significar el fin del sujeto, el fin de la historia, el fin de las ideologías, aunque la realidad práctica nos ha demostrado que esto no es exactamente así. Pero sí ha salido a flote la diferencia, la subjetividad de las cosas y sus valores distintivos.

Ahora predomina el particularismo y no el universalismo que caracterizó a la modernidad. En esa línea, el posmodernismo representa toda una nueva etapa en la vida del hombre, donde tal vez pueda haber mayor libertad para una actividad humana no sujeta a arquetipos o modelos generales de acción.

## **FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA**

Castañeda Lomas, N. (2003): 'Modernidad y Posmodernismo', Facultad de Humanidades, Programa de Antropología Universidad del Magdalena, Colombia. Disponible online:

[www.unimag.edu.co/antropologia/modernidad\\_y\\_posmodernismo\\_texto.htm](http://www.unimag.edu.co/antropologia/modernidad_y_posmodernismo_texto.htm)

Foucault, M. (1968): *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI. México.

— (2001): *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Alianza Editorial, Madrid.

Habermas, J. (1980): 'La Modernidad un Proyecto Incompleto', Discurso pronunciado al recibir el Premio Adorno.

Reynoso, C. (1998): *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Ed. Gedisa, Barcelona.

Taussig, M. (1995): *Un gigante en convulsiones*, Ed. Gedisa, Barcelona.

Touraine, A. (1985): *Crítica de la Modernidad*, FCE, México.

Vattimo, G. (1986): *El Fin de la modernidad. Nihilismo y Hermenéutica en la cultura posmoderna*, Ed. Gedisa, Barcelona.

Zerzan, J. (2002): 'La catástrofe del posmodernismo', artículo disponible en:

<http://www.antroposmoderno.com/word/lacatas.doc>